

021 SU PRIMERA VEZ

Después del parto, Martina no quería ir a descansar una temporada a casa de su madre, pues no había muy buena relación entre ellas, e incluso le incomodó saber que el día que nació su bebé, estaba aguardando en la sala del hospital. Prefería la calma que había en el hogar de los padres de Hugo, su marido, aunque tampoco eran de prodigar mucho el cariño que ella necesitaba, pero aún así consideró que sería lo mejor.

Ya en la vivienda de sus suegros se enteró, sorprendentemente, que Hugo dormiría en la habitación de sus tres hermanos, acomodados en literas y Martina compartiría otra estancia con su cuñada Mary, la mayor de éstos, que aún seguía soltera.

Martina no entendía el motivo de esa impuesta separación y le hubiera gustado pedir explicaciones, pero acostumbrada a callar todo, no exteriorizaba.

Inocente de ella, había soñado que por la noche, en la intimidad de su alcoba, conversarían sobre la experiencia de ser padres por primera vez; sin embargo resultó un verdadero desastre. Iban a estar aislados el uno del otro y además, Hugo siempre con prisas, apenas si entraba en el dormitorio para hablar unas pocas palabras con ella y echar una ojeada a su hija recién nacida.

Martina tampoco salía de su cuarto, sino escasamente para comer algo. Tal era su estado de ánimo. Se sentía sola, decepcionada y para más "inri", no se equivocaba al suponer que ninguno de ellos la comprendía.

Mary, su cuñada, se comportó con actitud muy distante, nunca entraba en conversación con ella. Martina, intuía que no le caía bien y siendo bastante más joven que aquella, tampoco sabía cómo solucionarlo. Cuando le preguntaba algo para entablar una charla, solo obtenía monosílabos por respuesta y así finalizaba el "fluido" diálogo.

La consideraba también muy maniática. Por ejemplo, untaba el pan con tomate y después quitaba todas las pepitas una a una. Tendría unos treinta años o más. Era quizás la menos agraciada de los hermanos. Alta y delgada, con media melena negra muy lacia,

nariz aguileña y ojos pequeños ligeramente rasgados. Se levantaba cada día puntualmente a la seis de la mañana y se dirigía al Mercado Central, a fin de realizar la compra familiar. Después, al regresar, se mudaba de ropa y se encaminaba hacia su trabajo.

Martina sentía la necesidad de confiarle a su marido, la desagradable situación en la que se vio envuelta antes y después del nacimiento de su bebé y que por más que quisiera olvidarlo, martilleaba su mente una y otra vez. Muy a pesar suyo, se apercibió que no tendría ocasión de hacerlo, porque una vez más, Hugo se esfumaba cuando más le necesitaba. Sintió deseos de llorar, pero también estaba acostumbrada a dominarse; así que ya daba todo igual. Ahora solo quería estar con su hija, protegerla y cuidarla.

Contemplándola y abstraída en sus propios recuerdos, revivía con sobrecogimiento lo acontecido.

Durante el período de gestación había leído de “cabo a rabo”, un libro que se titulaba “Embarazo, parto y recién nacido”, y lo había hecho tantas veces, que se lo sabía todo de memoria. Bueno, todo, todo... no. Se saltó el capítulo que versaba sobre el “parto inducido”, porque leyó algo sobre unas correas y no sé que más.- Este rollo no me interesa, pensó simplemente Martina, y pasó página, con tan mala fortuna, que a la hora de la verdad, el suyo sería así... “inducido” y por consiguiente, no tenía ni idea de lo que le aguardaba.

Había “roto aguas” prematuramente y los médicos querían mantener a la criatura el máximo tiempo posible en el seno de su madre. Después de haber estado tres días ingresada en el hospital sin tener contracciones, vino a buscarla un celador y sin mediar palabra, acostada en su cama-camilla, apenas sin darse cuenta de que la conducían por un pasillo, llegó a la sala de partos. Una vez allí, la ataron con correas y la conectaron a un monitor, en el que se escuchaban latidos de corazón. Martina no sabía de quien eran; si de ella o de su hijo. Nadie se lo había explicado y por desgracia no lo

había leído.

Con prudencia, se atrevió a preguntar a la enfermera que la atendía, y mientras ésta preparaba el gotero de espaldas a Martina, le respondió secamente:

- Son de tu hijo. !Ah ! y ya puedes gritar que no voy a hacerte ni caso. Y acto seguido se fue, dejando a Martina completamente sola en la sala.

Al cabo de unos instantes, sintió como empezaba a tener calambres dolorosos en las ingles, que fueron bajando hacia los muslos; luego en las manos que comenzaron a agarrotársele sin poder abrirlas ni cerrarlas, después empezó a dormírsele la boca. Ahora toda ella era un puro calambre que empeoraba cada vez más. El dolor la mareaba... pedía ayuda y nadie acudía. !Estaba aterrorizada!

De lejos le pareció oír una conversación entre un hombre y una mujer. Reconoció en la voz del hombre al doctor Frontera, su médico de familia. !Se le abrían los cielos!

Martina clamó varias veces con dificultad y con un hilo de voz saliendo de su ahogada garganta:

- D o c t o r , d o c t o r , d o c t o r F r o n t e r a , por favor...

Al escuchar su nombre, el médico se despidió rápidamente de la mujer con la que estaba hablando y acudió al lado de Martina. Cogiéndole una mano y en tono tranquilizador le preguntó que le sucedía, describiéndole ésta, como pudo, los síntomas que tenía, pues le suponía un gran esfuerzo pronunciar palabras, y dado que también había confianza entre ellos, le contó la humillación interior que había sentido por el trato recibido de la enfermera. El médico, después de escuchar el relato de Martina, salió apresuradamente en su búsqueda, para llamarle la atención sobre su conducta.

Martina se esforzó por darle las gracias y éste asintió con la cabeza, con cierto aire de preocupación.

- Solo deberían dedicarse a este trabajo las personas con verdadera vocación - pensó para sí. - Es inaudito que se trate con esa desconsideración a una mujer que va a tener

un hijo. !Por Dios! - ahora lo dijo en voz alta.

Llegó la antipática y cruel enfermera, y esbozó una forzada sonrisa a Martina. - Lo vas a pagar caro -, pensó. La maldita se la llevó al quirófano y una vez allí, preparó su venganza.

Se le acercó con una jeringa en la mano al tiempo que le echaba una pérfida mirada de soslayo y le decía:

- Ahora cuenta : uno, dos, tr...

Semidespertó levitando por los pasillos. Desde una dimensión superior, se veía a sí misma acostada en la camilla. Intentaba entrar en su cuerpo, pero no lo conseguía. Un espantoso monstruo, le gritaba: Martina, Martina...

Detrás de cada puerta que cruzaban, encontraba a su paso batas verdes que caminaban solas, sin cuerpos ni cabezas. Las puertas estaban llenas de culebras que zigzagueaban de arriba abajo; esperpentos y bichos repugnantes de todas clases que se movían y se le acercaban. Veía como su propia cabeza giraba de un lado a otro de la cama, mientras con sus brazos intentaba protegerse y ahuyentarlos, presa de pánico y desasosiego.

Exactamente parecía que estuviera ante las puertas del infierno. !Sentía verdadero horror!.

- !No quiero ir al infierno!, !no quiero ir al infierno!, gritaba sin cesar...

Se agitaba y se revolvía sobre si misma cuando de pronto comenzó a oír voces a lo lejos, cada vez más cercanas que le repetían:- Estate quieta, estate quieta o vas a provocarte una hemorragia -.

Sus dos estados volvieron a ser uno solo y Martina empezó a abrir los ojos a la realidad.

Pero ahora tenía ante sí a tres Hugos, tres madres, tres crucifijos ... !Todo lo veía por triplicado!. Sin darse cuenta, por fin vomitó varias veces un líquido verde-gris, pastoso, amargo y asqueroso. En aquel momento... despertó.